



En otros territorios de la identidad

LUCÍA GUERRA⁹¹

Congrio frito, ensalada chilena y un durazno que me empapa las manos con su pulpa dulce y jugosa. El mar trae melodías de vientre materno y entre los álamos, pasa el viento avivando la memoria. Vuelvo a oír las voces de mis muertos. La abuelita enseñándome a leer mientras desgrana arvejas para el estofado del almuerzo. Mi madre diciéndome que el pan es la sagrada caridad y no debe ser negado al prójimo. La voz de mi padre que prolonga la sobremesa contando los detalles de luchas libertarias contra zares y dictadores.

Chile, tierra de saberes y sabores que no se extinguen en esta patria ajena.

Itinerario: Santiago, Chile----Los Ángeles, California

Desplazamiento geográfico que implicó abandonar mi entorno familiar para entrar al territorio de lo extraño, de ese *unheimlich* freudiano donde lo hogareño y cotidiano se transforma en un ambiente inquietante que nos produce temor e incomodidad. Rodeados de lo extraño, dejamos de ser ese Sujeto con pleno conocimiento y control de la realidad circundante para convertirnos en un otro inseguro y cauteloso.

Cumpliendo los vaticinios de todo viaje, mi vida se tiñó de voces ajenas, de gente, lugares y sabores sin huella en mi memoria. Como dijo una vez Julio Cortázar para explicar el fenómeno del exilio, había perdido mi follaje, las ramas

⁹¹ Lucía Guerra. Crítica y escritora chilena. Enseña cátedra de Literatura Latinoamericana en la Universidad de California. Libros de crítica: *La narrativa de María Luisa Bombal*, *Mujer y escritura: Fundamentos teóricos de la crítica feminista*, *Texto e ideología en la narrativa chilena* y *La mujer fragmentada: Historias de un signo* (Premio Casa de las Américas 1994). Es autora de los siguientes textos de ficción: *Más allá de las máscaras*, *Frutos extraños* (Premio Letras de Oro, 1991 y Premio Municipal de Literatura en Chile, 1992), *Muñeca brava*, *Los dominios ocultos* y *Las noches de Carmen Miranda*. Sus textos han sido traducidos al inglés, alemán, italiano, portugués y sueco. Contacto: lcunning@uci.edu



y hojas de los afectos, de la patria y de un saber/conocer que, hasta entonces, habían sido fuente y soporte de mi identidad.

El diccionario define el verbo “desplazar” como “quitar a una persona o cosa de un lugar para ponerla en otro lugar”. Definición escueta e imprecisa que omite la diferencia entre una cosa sin memoria y sin conciencia y una persona poseedora de una subjetividad que está constantemente reaccionando hacia los elementos configuradores del espacio que la rodea. El desplazamiento de los seres humanos, en el caso del exilio, siempre implica un desgarró, un arranque de raíces que gesta una experiencia dolorosa. Desplazarse, partir. Partir sin saber si será posible regresar, sin saber si a mi regreso, todos los que me dicen adiós en el aeropuerto estarán aún vivos... Difícil es describir ese desgarró sin tener que acudir al cliché de lo sentimental, tan devaluado en nuestra cultura letrada.

El avión avanza por la pista de aterrizaje y antes de despegar, las turbinas hacen un ruido estridente que se intensifica en el momento de emprender el vuelo. Hasta hoy día, ese ruido me produce angustia, la angustia de dejar atrás las voces que me rodeaban, la casa en que crecí, la cordillera de los Andes y su constante presencia... la patria en su más pura connotación afectiva.

Empezaba a ser una “trasplantada”, vocablo que gráficamente pone de manifiesto la violencia de ese desplazamiento desde la tierra propia a la tierra ajena, ese sacar de raíz que producirá las vivencias de la ausencia y la carencia. Me había convertido en una desarraigada, en una desterrada. Sin mi tierra y como un pájaro en nido ajeno... Y lo ajeno impregna no sólo nuestros sentidos con sus olores y sabores extraños, con esa gente y esas cosas raras que uno empieza a ver. Lo más esencial de nuestro Yo sufre también una conmoción: la del lenguaje que pierde su naturalidad innata para convertirnos en seres torpes y titubeantes, la de nuestra relación con el mundo ahora convertida en una serie de desafíos y tentativas frustradas. Tal vez lo más inquietante en el sentido que Freud le daba a este término es que todo esto no ocurre en el ámbito de lo trascendental, sino en la esfera de lo nimio e insignificante. Cómo olvidar la primera vez que me pasaron un tarro de Coca-Cola y no lo pude abrir o el susto que me dio aquella puerta que se abrió automáticamente... Estoy en un restaurante elegante y el mozo me pregunta cómo quiero que me cocinen la carne. “*Raw, please*”, respondo en el tono más refinado posible y todos me miran sorprendi-



dos porque no he pedido mi carne a medio punto sino cruda y sangrienta, tal como salió de la carnicería.

Errores, frases titubeantes y mal entendidos de un Yo que pierde la seguridad que da todo lo conocido para ahora empezar a tambalear, como si estuviera caminando en una cuerda floja.

Exilio: “Estar fuera de aquello que fue nuestro domicilio”. Y estar fuera del hogar (espacio de los orígenes) significa también caer en otra órbita, lejos de la constelación creada por la patria, la familia, los entornos naturales y los lugares que habitábamos. Se ha perdido ese centro en espiral que nos afincaba en el mundo y nos decía quienes éramos. Mi Yo ha dejado de girar en esa constelación y su pérdida produce una sensación de orfandad, de estar sola en medio de una multitud mientras la memoria ahora se tiñe de nostalgia para recordar y recuperar a medias lo perdido.

Pero no sólo se pierde ese centro que era el soporte de nuestra identidad. Como en un extraño tablero de ajedrez, nociones que parecían fijas ahora se movilizan y las cosas cambian de lugar, pasan a niveles muy distintos de donde estaban ubicadas.

Al igual que cualquier otra persona criada en Chile, había asimilado el legendario “orgullo de ser chileno” incentivado por los íconos y lemas de la Nación, por el lenguaje coloquial (“si es chileno, es bueno”) y los medios de comunicación que crean la ilusión de que Chile es muy importante. Noción patrioter que fue absolutamente socavada por una pregunta que se repetía cada vez que decía que venía de Chile. “*And where is Chile?*”, inquiría alguien dudando entre pronunciar “chiley” o “chili”, palabra que también corresponde a un guiso mexicano a base de frijoles (en este momento en que escribo resulta imposible decir “porotos” cuando se trata de comida mexicana).

Chile, el nombre de mi país que probablemente había oído o leído todos los días de mi vida ahora era apenas una palabra rara y difícil de pronunciar para referirse a un lugar remoto y desconocido. Cómo describir esa sensación de vacío cuando Chile pasa a ser en la prensa y la televisión un espacio en blanco, un largo silencio, como si hubiera dejado de existir... “*God bless America*”, canta



la multitud en un enorme estadio, con el corazón henchido de entusiasmo y amor a la patria y yo bajo la cabeza, molesta por esta apropiación de América que la reduce a los Estados Unidos. Estoy en la primera etapa del desplazamiento cuando uno rechaza a la gente de esa otra cultura, catalogándola como absurda e ignorante... Me irrita constatar que la arrogancia de este país siempre dispuesto a invadir o intervenir en otro es reforzada por el mito de que tienen la bendición de Dios. Es en ese momento cuando recuerdo cuánto me emocionaba cantar en la escuela preparatoria el “Puro Chile es tu cielo azulado” y por primera vez, me doy cuenta que el pertenecer a un país es exacerbado por una serie de construcciones culturales que, como tales, se deslizan por los bordes de lo real.

Simultáneamente, en este nuevo tablero de la realidad producido por el desplazamiento, aquello que en Chile me era insignificante ahora adquiere una insólita relevancia. Cuando despierto en la mañana, echo de menos el ruido de las tazas a la hora del desayuno en mi casa y al caminar por estas otras calles, me hacen falta las palomas de la Plaza de Armas, la cordillera que va cambiando de tonalidad según pasan las horas y los pregones de los vendedores en la feria que se instalan todos los días jueves cerca de la iglesia... Es entonces cuando me doy cuenta que lo que me parecía apenas un detalle sin gran importancia constituía parte de una micro-realidad que servía también de anclaje para mi Yo. Y aquellos guisos que no pasaban de ser un breve intervalo en un día lleno de actividades que yo creía muchísimo más trascendentales, se transforman ahora en núcleos no satisfechos de un cuerpo que los reclama. “¡Qué ganas de comer una empanada!”, pienso mientras tomo apuntes en una conferencia sobre la teoría de Noam Chomsky y entre las enrevesadas fórmulas de la estructura latente y la estructura superficial, se instala la imagen de una empanada con su pino humeante y oloroso. Deseo una empanada y ese deseo que me hace agua la boca perdura durante horas como una obsesión.

Estoy en una ciudad universitaria del Medio Oeste, zona donde realmente existen aquellos cowboys que sólo había visto en el cine. Todo el estado de Kansas es una inmensa pradera llena de trigales, maizales y vacas que imperturbables se dedican a comer pasto y forraje. Siento ansias de estar junto al mar que queda a nada menos que tres horas en avión, distancia equivalente a aquella entre Santiago y Lima. Y me angustia no divisar un picacho ni una modesta colina



en esta plana y monótona región ganadera. Llega el invierno y todo se cubre de nieve. Los árboles se transforman en esqueletos carbonizados, negros desde el tronco hasta las ramas, y ha desaparecido todo el pasto en las praderas... La necesidad de ver el color verde se hace cada día más intensa en ese invierno que se prolonga durante largos meses y un día, cuando está a punto de llegar la primavera, camino dándole puntapiés a la leve capa de nieve con la esperanza de que ya haya empezado a crecer alguna brizna de pasto. Todo mi acervo de ser humano civilizado se ha esfumado y no soy más que un ciervo hambriento escarbando en la nieve.

La angustia y tristeza de estar lejos de mi familia me ha producido malestares sicosomáticos que se expresan en un fuerte dolor de estómago. Pensando que se trata de una enfermedad al hígado (quizás por qué en mi familia siempre se le echaba la culpa al hígado), voy al hospital de la universidad. La recepcionista me indica que debo esperar y unos minutos después, aparece una enfermera llamando a "Lusha Werra". Sólo a su tercer llamado, me doy cuenta que me está llamando a mí, que mi nombre Lucía Guerra es pronunciado de esa manera por alguien de habla inglesa. Tergiversación de mi nombre propio que me produjo una extraña sensación de despojo.

Sin embargo, ese "Lusha Werra" marcó también el umbral de una segunda etapa del desplazamiento que, con sus múltiples vórtices y facetas, ahora había dividido mi realidad en un aquí y un allá, en dos riberas del mismo río. La gente y las cosas del lugar ajeno empezaron a resultar menos extrañas porque lograba comprenderlas. Y este comprender engendró también el acto de comparar mi país con este otro país desde una distancia que me había sacado del ofuscamiento de mitos y emblemas, de la creencia popular de que todo lo chileno es bueno.

Desde una perspectiva teórica, se había iniciado el proceso de asimilación cultural, de una acomodación del cuerpo y de la mente en el nuevo entorno. La cuerda floja de mi Yo tambaleante ahora empezaba a transformarse en un sendero más o menos seguro y surgió entonces una nueva noción de mi identidad. Era una chilena en los Estados Unidos y como tal, debía desplazarme entre la ribera de lo propio y esa otra ribera de lo foráneo que ya no resultaba tan extraña. Pero la identidad no sólo se restringe a la relación que establecemos con el entorno y a lo que creemos que somos. Está constituida también por las con-



figuraciones que estampan los otros a través de la mirada y la imagen que nos atribuyen. Para la gente de Kansas, en su mayoría descendientes de alemanes, suecos e irlandeses, yo era una *avis rara* con mi pelo negro y ojos oscuros, una otra exótica que, para colmo, hablaba inglés con acento británico.

Fue en California donde descubrí que esta imagen era bellamente inocente e inofensiva al tener que enfrentar los prejuicios que aquí existen contra los “latinos”. La frontera con México está delimitada por una reja de unos tres metros en la cual flamean trozos de camisas que los inmigrantes pierden en su apuro por saltar al otro lado sin ser sorprendidos por los guardias de los Estados Unidos. California perteneció a México hasta 1846, año en que entró el ejército de Estados Unidos al Pueblo de la Reina de Los Ángeles en un proceso de invasión que también anexó Arizona y Tejas. Desde entonces, los mexicanos de los sectores pobres cruzan ilegalmente la frontera con la esperanza de que en California encontrarán trabajo y la oportunidad de vencer a la pobreza.

Si Kansas en la primera etapa de mi desplazamiento había sido un lugar sencillo y fácil de discernir, el territorio californiano se perfiló como radicalmente escindido entre los “anglos” pertenecientes a los estratos altos y los “latinos” que trabajan en diversas industrias o como jardineros, mozos, niñeras y empleadas domésticas.

Escisión que me hizo conocer otra faceta de la identidad, ahora supeditada a la apariencia física que, sólo por ella misma, produce una imagen estereotípica teñida de prejuicios.

Por otra parte, lo propio se convirtió en algo accesible pues bastaba manejar unos minutos hasta Santa Ana (uno de los tantos barrios en el área) para entrar a un resquicio mexicano que con sus voces y sabores me ubicaba en mis orígenes, ya no chilenos sino latinoamericanos. Rápidamente aprendí a decir aguacate en vez de palta, huera para referirme a una persona rubia, cacahuete en vez de maní, chamarra para designar una chaqueta. . . Y los letreros en esas calles anunciando dentistas que se especializan en cavidades (caries), aparques (estacionamientos), trocas (camiones) y doctores de ojos en vez de oculistas pusieron de manifiesto que, más allá de los encasillamientos de la “cultura nacional”, también era posible el intercambio imprevisto de dos culturas.



Pero California traspasa con creces los límites de la biculturalidad al ser el territorio donde prima el tránsito de lo foráneo. Aquí la cultura de Estados Unidos es sólo el vórtice de corrientes que se intersectan en una heterogeneidad alucinante. En las calles se divisan murales mexicanos, jardines orientales frente a casas de estilo español y graffittis escritos en alfabetos desconocidos mientras proliferan las tiendas de chinos, vietnamitas y coreanos a la par de otros negocios que venden productos griegos, árabes, italianos, macedonios, rusos y latinoamericanos.

Este espacio urbano de lo diverso y sin cohesión alguna resulta ser un verdadero desafío para toda noción de Nación. Y en Disneylandia, Universal Studios, Knottsberry Farm y otros parques de entretenimiento, la tecnología de la fantasía desbarata todo paradigma de unidad al concentrar tiempos y espacios dispares: dinosaurios rugiendo bajo el zumbido de las naves espaciales, piratas del Caribe al lado de una réplica del Cañón del Colorado, una esquina de París de los años veinte contigua a un coliseo romano y pirámides mayas.

En este nuevo territorio, mi patria Chile, nítidamente delimitada por el océano Pacífico y la Cordillera de los Andes, dio paso a fronteras extendidas. Parte de mi patria era ahora toda la región al sur del Río Grande, todo latinoamericano en esta otra tierra donde el castellano se impregna de neologismos en su contacto con palabras inglesas. Parte de mi patria era también esa multitud proveniente de diferentes naciones en los múltiples intersticios de una cultura estadounidense opacada por voces y atuendos diferentes, por rostros en un amplio *spectrum* de rasgos y tonalidades de piel.

En este ámbito de las diferencias profundas, mi escritura empezó a impregnarse de nuevas imágenes. El anciano chino que vive al frente de mi casa y me saluda ceremoniosamente cada mañana, los cubanos en una bulliciosa fiesta donde se sirven mojitos y carne adobada, las mujeres hindúes con sus vestimentas de seda y joyas vistosas, y los mexicanos recogiendo verduras en un pequeño sembrado rompieron los diques de una tradición literaria circunscrita a lo chileno y a ese tono gris de la sobriedad y la medida.

Mi desplazamiento a California me hizo entrar al terreno denso de lo plural, siempre en constante tensión con aquella cultura estadounidense que inútil-



mente trata de imponer su hegemonía. Pluralidad que pulverizó mis convicciones acerca de la verdad y la identidad para arrojarme en la intemperie de lo relativo y ambiguo. Fue precisamente esta sensación de no-clausura la que me impulsó a escribir cuentos de corte fantástico. La oscilación entre “lo real” y “lo irreal”, en un desenlace que se resuelve simultáneamente en más de una alternativa, se convirtió para mí en la única modalidad a través de la cual podía expresar mis vivencias recurriendo a la imaginación.

Quién soy yo, me pregunté una tarde que manejaba por la carretera y la voz de un locutor puertorriqueño fue interrumpida por la melodía de una emisora japonesa. En esa ocasión, iba en dirección al mercado persa que es el único que vende buena albahaca fresca y donde me saludan en farzid porque creen que soy iraní. (Algo que ocurre cada vez que me topo en cualquier parte con una persona de Irán).

Simultáneamente, Chile había dejado de ser esa “dulce patria, tumba de los libres y asilo contra la opresión”. Las primeras imágenes de los prisioneros políticos en el Estadio Nacional marcó sólo el inicio de una serie de transformaciones y en cada viaje a Chile, me encontraba con una patria diferente, como si la dictadura militar fuera también un camaleón del demonio que cambiaba constantemente sus estrategias de represión. Un año se veían los carabineros apostados con sus armas en las esquinas del centro de Santiago, otro año, las entradas del Metro estaban resguardadas por soldados en sus trajes de entrenamiento (muy similares a los de los exploradores en la selva) con la cara tiznada de negro para provocar la sensación de que la patria era defendida con fiera bestial y dos años después, aparecieron tres dirigentes de la resistencia degollados en un sitio eriazo cerca del aeropuerto. (Cómo olvidar esa atmósfera de miedo que se respiraba en las calles o el ladrido de los perros al paso de los helicópteros que investigaban cada rincón de la ciudad con sus reflectores).

Siempre señales distintas del poder mientras en voz baja, la familia me contaba historias horribles que nada tenían que ver con la patria donde yo había crecido, esa patria que defendía la libertad y los derechos de la democracia. Mi patria habitada por gente chilena tan buena y cariñosa. Jamás habría podido imaginar que algunos de mis compatriotas eran también capaces de torturar y matar o que algunos de mis parientes defenderían la dictadura con fanatismo fascista.



Y después de duros años, Chile volvió a cambiar con el fin de la dictadura y los avances del neo-liberalismo. Las calles de Santiago se llenaron de altos edificios que me hacían evocar la ciudad de Boston y ahora en los modernos Malls que sustituyeron a la Plaza de Armas, mis compatriotas se dedicaban a ese tipo de consumo que sólo había conocido en los Estados Unidos. La semejanza era tan grande que hasta los negocios solían ser los mismos (Home Depot, Ralph Lauren, Sear's, Calvin Klein).

Muchas veces sentí que esa patria que tanto añoraba estaba por desvanecerse, especialmente cuando murió mi madre y toda la familia se dispersó. Muy atrás quedaron los ritos familiares cada Pascua y Año Nuevo, las bulliciosas celebraciones de santos y cumpleaños, los almuerzos el día domingo. Ahora mi casa estaba vacía.

Y aquí en California merodeaba en una yuxtaposición de culturas que configuraban un denso y extraño laberinto donde los menos visibles son los verdaderos dueños de esta tierra, los indígenas rezagados en las afueras de los centros urbanos. Pero, dentro de ese laberinto, empecé a conocer las historias de otras mujeres quienes, no obstante, provenían de lugares tan diversos y lejanos, tenían experiencias similares a las mías. Así descubrí que, en ese entretejido de culturas heterogéneas, yacía un elemento común e inmutable: el lugar subordinado que diferentes sociedades han adscrito a la mujer. Trascendiendo toda frontera, los procesos de devaluación y mistificación de “lo femenino” son los mismos. La mujer imaginada por los hombres como símbolo de la virtud o el pecado—contrafigura de “lo masculino” anclado en la superioridad de la agresión y la territorialidad.

Fue, por lo tanto, mi cuerpo y mi condición de ser mujer el umbral que me guió de una patria otra (sin nombre oficial ni fronteras de ningún tipo). La patria de la mujer golpeada por su marido, la del fetiche que exhibe su cuerpo para anunciar un producto comercial, la de la inmigrante que es violada por el coyote (hombre que se hace pagar para mostrar un sendero sin vigilancia en la zona fronteriza), la de aquella que lucha por los derechos de la mujer. Comunidad unida y enhebrada, no por lemas y emblemas nacionales, sino por este otro devenir histórico de la discriminación.



En una frase célebre, Gustavo Flaubert dijo: “Madame Bovary soy yo”. Me imagino que lo célebre se debe al hecho de que un hombre estaba diciendo que era una mujer o que una persona real declaraba que era un ser imaginado. Dos transgresiones serias para los paradigmas racionales predominantes. Sin embargo, Flaubert estaba diciendo algo mucho más profundo: nuestra escritura no es más que una proyección de nosotros mismos. Creo que si me hubiera quedado en Chile, jamás me habría convertido en escritora. Mi escritura surgió de esa constante tensión y nostalgia que produce el exilio, de esa insatisfacción que nos motiva a imaginar una historia para denunciar o remodelizar las asimetrías del mundo que nos ha tocado vivir.

Anclada en esta comunidad de mujeres que es también una patria sin nombre, héroes nacionales, presidentes y filósofos cayeron de sus pedestales erectos. Las patrias oficiales (el origen etimológico de la palabra patria la refiere al lugar y propiedad del Padre) fueron sustituidas, en mi ficción, por el ámbito donde la Ley del Padre es burlada por el erotismo femenino y la desobediencia. En esta otra patria transitan mujeres de diversos lugares geográficos: la indígena enfrentando la tecnología infernal de Estados Unidos (“Melodía trunca del oeste”), la cantante negra que oscila entre los aplausos de la fama y la humillación del prejuicio racial (“Frutos extraños”), la muchacha de Yuma que viaja a California deslumbrada por sus espejismos (“Travesías”). Todas ellas sufren la dislocación de un Yo que se debate entre la propia subjetividad y las imposiciones patriarcales, entre la Mujer Dicha por los vastos imaginarios de una cultura de carácter androcéntrico y la Mujer Diciéndose A Sí Misma.

Desde este lugar que traspasa las fronteras nacionales erigidas por los hombres, mis textos ficcionales intentan inscribir esa memoria colectiva que perdura en los márgenes de toda historia oficial. La historia del cuerpo de mujer en los avatares de la maternidad, el placer sexual y la menstruación. El cuerpo bajo la violencia masculina o en la glorificación que lo transforma en objeto y mercancía (*Las noches de Carmen Miranda*). Historias que requieren un lenguaje y un imaginario que se desliza fuera de la intertextualidad canónica y eminentemente masculina en este otro exilio de las mujeres con respecto a los acervos culturales de toda nación.



En los numerosos discursos acerca del exilio y la diáspora, generalmente se le da énfasis al sentido de pérdida que implica abandonar la tierra natal. Sensaciones de desarraigo y nostalgia por el espacio de los orígenes perduran en estos discursos junto a los tópicos de la desorientación y el enfrentamiento con una cultura ajena. Sin embargo, las experiencias que yo he vivido después de abandonar ese lar configurado por la patria, la familia y el hogar han sido mucho más complejas. Tras ese desplazamiento literal desde Santiago, Chile a Los Ángeles, California se ha engendrado un flujo de desplazamientos, de aperturas que han sido también nuevos horizontes.